

Prólogo a la segunda edición

Cuando se habla de las bibliotecas, la imagen que se viene a la mente sigue siendo la de un edificio lleno de estanterías de libros o, más concretamente, de libros en papel y en formato códice. Y, por supuesto, silencioso, con normas estrictas y un personal presto a hacerlas cumplir. Mientras tanto, la tecnología hace ya muchos años que nos lleva hacia la digitalización, el entorno red y la desintermediación. Combinando ambos factores, es lógico que la sociedad se pregunte por la vigencia de las bibliotecas. Incluso que lo hagamos los propios bibliotecarios.

Hace ya más de 50 años que Wifred Lancaster y otros autores empezaron a vaticinar el fin de la biblioteca física o, lo que es lo mismo, de sus servicios presenciales que requieren de un edificio. Sin embargo, desde entonces no sólo han continuado existiendo, sino que se construyeron nuevas bibliotecas de forma masiva en el periodo desde los años 80 al inicio de la Gran Crisis de 2007; e incluso se siguen inaugurando grandes ejemplos. Evidentemente, estas últimas ya no responden al modelo tripartito (sala de lectura-depósito-espacio de trabajo). Ni siquiera son como las que se construyeron hace quince o veinte años. Los cambios sociales y tecnológicos han hecho que los servicios bibliotecarios evolucionen en paralelo. De una biblioteca que custodia la información y proporciona acceso a la misma, a una biblioteca que guía y promueve el proceso de creación de cultura y conocimiento. Una biblioteca pensada para acoger y desarrollarse, bien individualmente, bien de forma compartida. Pero para ello es obligatorio readaptar los espacios, que se modifican o reutilizan de acuerdo a las nuevas necesidades. En esto, la flexibilidad que puedan proporcionar los edificios siempre ha sido una gran aliada del bibliotecario.

¿Cómo serán las bibliotecas en el futuro? Difícil aventurarlo, aun habiendo consagrado buena parte de la propia labor profesional a intentarlo. Resulta definitiva la frase del arquitecto Moshe Safdie, recogida en las primeras páginas de *Better by Design*, de Ayub Khan (2009): “*Si hay algo cierto sobre las bibliotecas, es la incertidumbre sobre cómo serán en el futuro*”.

Por todo ello, el diseño de bibliotecas desde siempre ha sido una preocupación de bibliotecarios y arquitectos; y ahora debe serlo más que nunca. Así, el volumen de la bibliografía profesional generada es notable. Faulkner-Brown primero, y McDonald después, teorizaron sobre el diseño de bibliotecas, con los famosos *10 mandamientos*, pero también debemos recordar a grandes tratadistas como Metcalff, Ellsworth o Mason, que realizaron sus clásicos manuales a través de los cuales se impuso el diseño de la llamada *caja Metcalf*: una biblioteca muy práctica, pero alienante, sin alma. La aportación ha continuado más recientemente con autores como el citado Khan, Fred Schlipf o John A. Moorman.

En nuestro territorio tuvo una enorme influencia la escuela francesa, con Marie-Françoise Bisbrouck como principal referencia, así como la obra de la italiana Vidulli. Pero en lo que se refiere a autores cercanos, el asunto ha vivido una presencia paralela al del resto de los temas bibliotecarios: relativamente abundante en lo que se refiere a las experiencias, sobre todo durante el periodo de inflación constructiva de los 90; pero bastante escasa en cuanto a la reflexión teórica. Por ello, cabe destacar que Daniel Gil es uno de los pocos ejemplos de un seguimiento constante del tema, junto con otros que él mismo menciona en el libro: Muñoz Cosme, Santi Romero, Juanjo Fuentes, Ignasi Bonet, etc. Pero es que, además, lo ha hecho con

una gran capacidad reflexiva y de teorización. La escasez actual de trabajos teóricos sobre el mundo de las bibliotecas es un problema evidente de nuestra profesión, sobre todo en lo que se refiere al perfil más académico. Así, la labor que realiza el autor es especialmente importante.

El trabajo prolijo de años y artículos se condensa en esta obra, en la cual vemos que se basa acertadamente en la Historia para intentar adivinar cuál será el futuro, hacia dónde nos estamos dirigiendo. El enfoque con el que aborda la evolución histórica es muy interesante. Al contrario que en obras, por otra parte excelentes, de por ejemplo Kaser (1997) o Muñoz Cosme (2003), evita una estructura estrictamente historiográfica para centrarse en una serie de grandes hitos. Además, obvia ejemplos excesivamente antiguos para seleccionar únicamente edificios del siglo XX y XXI. Espacios paradigmáticos de los diversos estados que las bibliotecas han experimentado durante esos años. Por tanto, no es una obra de historia de los edificios bibliotecarios, ni una enumeración de los cambios tipológicos: lo que interesa no es tanto la historia, sino que ésta es una herramienta para entender el diseño de bibliotecas y hacia dónde se puede dirigir.

Estos ejemplos son plenamente acertados. Puede sorprender que se elija en primer lugar las obras realizadas por la Mancomunitat de Catalunya de 1915. Al respecto, me encantaría ver en un futuro un trabajo que estableciese una comparación entre las bibliotecas de Carnegie y éstas. Después, obras icónicas no sólo para el mundo bibliotecario, sino para la arquitectura en general: Aalto en Viipuri, Asplund en Estocolmo, Louis Kahn en la Phillips Exeter Academy e Ito en Sendai. Remata con el gran símbolo contemporáneo, la Biblioteca de Koolhaas en Seattle; y añade una (otra) gran obra del malogrado Enric Miralles y Benedetta Tagliabue: la Biblioteca de Palafolls que lleva su nombre. Un arquitecto extraordinario, un auténtico genio, que se fue demasiado pronto.

Tras ello se centra en explorar cómo los cambios que estamos viviendo han impactado en el diseño de las bibliotecas, señalando diversos aspectos cruciales, como la luz natural, los cambios en la circulación o la desaparición de la fachada. Y esto enlaza con su idea principal, fundamento y conclusión de este libro: estamos en una quinta etapa de la arquitectura bibliotecaria que supone la desmaterialización de sus edificios. Sus límites espaciales se diluyen, o más bien se dispersan, para llegar a todos y en cualquier lugar. Podría parecer que contradice la idea de que ahora se construyen y necesitan bibliotecas muy grandes, que permiten prestar una gran diversidad de servicios; pero yo creo que más bien es una idea complementaria, pues éstas también se caracterizan por su transparencia y permeabilidad hacia el público.

Me gustaría terminar destacando una frase del libro que, en buena medida, lo resume y que podría servir para su uso como *tuit*, por su concreción e impacto: “Estamos inmersos en un momento histórico apasionante: no sólo transitamos hacia un presente que ya es digital, sino que además conlleva repensar y redefinir el que posiblemente sea el edificio icónico y más representativo de la información y de la cultura, la biblioteca.”

José Pablo Gallo León
Prólogo a la segunda edición
Mayo de 2019